

CONTORNOS DE LA IDEA DE FALSIFICACION

Alejandro Ramírez
Universidad de Chile

R No se trata de la doctrina de la Falsación, de Popper. Lo que se busca es describir la figura de un concepto que, aunque semejante y perteneciente a la misma clase, tiene su propio contorno. La diferencia entre falsificación y falsedad, se propone, existe; no es un mero juego de palabras y puede ser útil en una epistemología de la historia.

Las nociones de verdad y falsedad pertenecen a lo discursivo. De una teoría, o más precisamente de una proposición, afirmamos que es verdadera o falsa. En cambio, respecto de un objeto o de un hecho, es habitual pensar en términos de autenticidad o falsificación. De una pieza de arte, por ejemplo, cabe la duda de si se trata de un original. Sin embargo, en investigaciones históricas recientes se observa un interés especial en mostrar como un acto falsificadorio ha significado sentar las bases de un teoría científica o de un conjunto de aseveraciones y características que, comúnmente, aceptamos sobre un hecho o figura del pasado. Esto legitima la indagación del tema en términos de fundamentos, esto es, filosóficamente. Por ahora preguntamos ¿puede la falsificación constituirse en un concepto epistemológico, que nos haga ver nuevas aristas del conocimiento? ¿En qué se distingue lo falso de lo falsificado y qué significa entender una teoría como auténtica además de verdadera?

Presentación de tres ejemplos

Los tres casos sintetizados a continuación son ejemplos de investigaciones históricas que buscan revelar actos que han falsificado teorías o descripciones de un hecho, ¡sin que esas teorías hayan resultado falsas!

El primer problema se refiere a la investigación de Renato Espoz sobre la falsificación de la teoría de Copérnico consumada por el editor de la obra *De Revo-*

¹ *Un Conflicto en el Origen de la Ciencia Moderna*, Edit Universitaria, Santiago, 1989.

litionivus, Andreas Osiander¹. El texto de Espoz nos pone ante un hecho mareador: la teoría astronómica de Nicolás Copérnico, mejor dicho el escrito de esa teoría, fue falsificada por el teólogo Osiander, sin que su autor llegara a conocer en vida la primera edición de su obra. En este capítulo de la historia de la ciencia quedó determinado, según Espoz, el sentido de la ciencia hasta ahora. Y ese sentido no es el del texto auténtico, sino el del falsificado.

Osiander, teólogo luterano dispuesto a la defensa del dogma, observó que lo pensado y escrito por Copérnico contenía ideas poco útiles a la causa del protestantismo. Afirmaba Copérnico que la ciencia, aquella que casi estaba entera por hacerse, era el instrumento capaz de conducir al hombre a la contemplación del mundo mismo, a develar la perfección divina. Lo que las leyes de la naturaleza nos dicen corresponde a la realidad como tal. Mediante la ciencia podemos penetrar y penetrar dulcemente en lo divino. A eso aspiraba y pensaba haber llegado Copérnico. En realidad, ese era el sentido sin más de la ciencia hasta allí, hasta el acto falsificadorio de Andreas Osiander.

La doctrina luterana esperaba algo muy distinto de las relaciones entre hombre y mundo de aquellas propuestas por la ciencia. Para Lutero, sólo había una fuente de conocimiento posible y válido: la revelación religiosa. Lo demás era ilusión. Por tanto, el teólogo editor se permitió meter manos en un texto ajeno: tarjó palabras, cambió otras, añadió un prólogo ad-oc, todo lo cual fue sólo descubierto cuando se conoció, muy posteriormente, los manuscritos originales, esto es, sin el paso por la acción editorial. El objetivo de esto era cambiar el rol epistemológico de la ciencia: introdujo el editor la idea de que las leyes son sólo hipótesis de trabajo, base para cálculos, útiles si permiten hacer predicciones acertadas, pero de ninguna manera descriptoras del mundo. Se sentó así la base de lo que hoy conocemos como instrumentalismo. Este es el primer caso.

La imagen que tenemos de una persona del pasado puede no corresponder a la que testimonian los documentos que existan sobre ella. Pudo haber sido falsificada. La figura de Diego Portales, una de las más poderosas presencias en la historia de Chile, como creador de la república, es, según el historiador Sergio Villalobos, una falsificación². Creada la imagen de Portales como padre de la República, después esa misma imagen se ha ido alimentando de sí misma hasta lograr convertirse incluso en criterio de los que es o no válido pensar sobre este hombre. La imagen vigente de Portales oculta a Portales. ¿Mera cuestión de interpretaciones? Lo decisivo, en todo caso, es que la investigación llevada a cabo tiene por norte la desfalsificación, basada en la exposición detallada de una masa de documentación que va mostrando al ministro en una dimensión extraña a la que estamos acostumbrados a aceptar.

² *Portales, una Falsificación Histórica*, Editorial Universitaria, Santiago, 1989.

Sus acciones de comerciante, sus intervenciones directas en el negocio del estanco, sus relaciones familiares, lo va mostrando así. Se menciona alrededor de ochenta cartas, del mismo Portales o sobre él, en las que se revela una personalidad con obsesión por el enemigo político (pipiolos, filopolitas, O'higginistas), con una decisiva voluntad para usar la fuerza en la producción del escarmiento (hay relatos sobre el uso de carros jaulas para exhibir públicamente a delincuentes, en Valparaíso); con influjo sin contrapeso sobre sus colaboradores, incluso de los más cercanos. Portales pensaba que existen momentos en que no debe respetarse la Constitución. En fin, la tesis del autor arriba, así, a este planteamiento: sólo la extraordinaria fuerza de su personalidad permitió a Portales sustentar su gobierno, hasta el trágico fin. No creó una institucionalidad política, independiente de sí mismo. Más bien, lo que se reconoce como república, fue obra posterior, de los gobiernos liberales³. En ellos se encuentra una organización política impersonal, que funciona por sí misma, con propia figura y fuerza, capaz de sobrevivir más allá de la muerte de alguien.

Con el tercer ejemplo volvemos a la ciencia. En un artículo de prensa⁴ se da cuenta del descubrimiento realizado por el científico William Donahue, sobre una falsificación que el mismo Kepler habría llevado a cabo, a fin, se supone, de convencer de sus ideas a sus adversarios. En su *Astronomía Nova* (1605), Kepler expuso su teoría de la órbita elíptica de los planetas. Perfeccionaba así a Copérnico, quien aun pensaba en términos de círculos, la figura perfecta, desde los griegos. La tesis de Kepler quedó propuesta en su "ley de las áreas": si se une con una línea la distancia entre el sol y un planeta, esa línea al moverse, barre áreas equivalentes en tiempos iguales. Luego, Kepler presentó, en su mismo libro, un método de triangulación geométrica para calcular las distancias de la Tierra y de Marte respecto del sol. Esas distancias, al ser calculadas en fechas diferentes resultaban también distintas, lo cual mostraba que las órbitas planetarias no eran circulares. El acto falsificadorio, del mismo astrónomo, consistió en presentar esos resultados como prueba de la ley del área, puesto que los hizo pasar por cálculos independientes de la teoría que se quería apoyar. El engaño lo descubrió Donahue al recalcular él,

³ Leyendo los *Recuerdos Literarios*, de Lastarria, se puede advertir una percepción similar sobre Portales, sobre todo en relación con el ambiente cultural de esos años en Chile. El texto de Lastarria, tomado en su conjunto, es por su parte, un ejercicio de desfalsificación histórica de su propia imagen. Como lo afirma en su obra, la escribió con el propósito de deshacer el engaño que, sobre el sentido y origen de la revolución literaria iniciada en 1842, había llevado a cabo el Sr. Isidoro Errázuriz en su *Historia de la Administración Errázuriz*. Lastarria se contaba como un coiniciador de esa revolución, hecho empañado y ocultado por el historiador.

⁴ William Broad, en *El Mercurio*, Santiago, 13 de mayo, 1990, *Los Gigantes de la Ciencia También Engañan*.

paso a paso según las descripciones de Kepler, las distancias entre el Sol y Marte. Lo que descubrió fue que los cálculos ¡se basan en la ley del área! La circularidad queda a la vista.

Observaciones

En los tres casos hay actos falsificatorios de diferente clase. El texto de Copérnico, es cambiado por un extraño quien opera sobre un escrito en particular. El caso del análisis histórico de la figura de Portales muestra una falsificación que no es tan fácil de verificar como hecha por una sola persona. Se trata más bien de la acción de grupos que, al sustentar un conjunto determinado de ideas, va moldeando a un personaje o a un hecho hasta darle una imagen adecuada para sus creencias. En este caso, el trabajo "desfalsicador" tropieza con problemas epistemológicos más graves, pues, la figura "original" puede ser nada más que una interpretación del investigador. Sólo la documentación puesta en juego puede fundar una diferencia entre falsificación e interpretación. En este segundo caso lo que se falsifica no es algo material, como en el primero. El ejemplo de Kepler es, a su vez, diferente. El considerar como un engaño lo que hizo el astrónomo alemán, depende de los estándares de la ciencia misma: las pruebas deben ser independientes de lo probado. Si se acepta esto, Kepler se autofalsificó. El acto falsificador no tiene, pues, una sola figura. Puede haber muchas. Esta sola observación conduce inmediatamente a la necesidad de dibujar la figura de la falsificación como diferente de lo falso.

La falsificación no es el simple error. No se trata, por ejemplo, de las equivocaciones cometidas en el curso de las investigaciones. Kepler cometió errores y malas apreciaciones, que finalmente se superaron y sólo quedó el resultado: sus leyes del movimiento de los planetas⁵. No es, pues, el caso de una interpretación o de un error. Según los tres ejemplos analizados, existió en alguien o alguienes una expresa voluntad de engaño, aun cuando esa voluntad fuese justificada. Si no hay esa voluntad, se trata sólo de un error; nadie yerra a propósito.

El fenómeno de la falsificación no coincide tampoco con la teoría falsacionista, pues no es una metodología, como esta última; es algo más errático, oportuno, impredecible, no elaborado. La teoría de la contrastación de enunciados empíricos de Popper se refiere al camino que, supuestamente, sigue un científico o un teórico en general para decidir sobre la falsedad de una ley y, por extensión, de una teoría completa. Al primer caso encontrado en el que la hipótesis en juego no explique un fenómeno que pertenece a su ámbito, se debe, so pena de caer en dogmatismo,

⁵ Cf. Desiderio Pap, *Ideas Revolucionarias de la Ciencia*, Editorial Universitaria, Santiago, 1976, pág. 68, sobre Kepler.

abandonar la hipótesis, porque es propio de una ley el tener que responder por todos los casos de su dominio. En el caso de Kepler nos topamos con una actitud que no tiene relación con la metodología descrita. Kepler trata de sacar adelante sus ideas, y lejos de atacarla, introduce un paso expresamente engañoso: aduce como pruebas lo que no podía tener por tales sin pecar de circularidad.

El falsacionismo predica la búsqueda de casos contrarios a una teoría, que la ponga a prueba, para ver qué tan fuerte es. Se basa en un esquema lógico válido. (*modus tollens*). En cambio, falsificar un conjunto de ideas no se basa en ninguna lógica precisa y, sobre todo, no se propone determinar si una teoría es verdadera o falsa. Su objetivo, por decirlo así, es sacarla adelante. Por otra parte, falsificar una teoría es introducir cambios en su interior, es adulterarla, cosa que no ocurre precisamente así en la metodología de Popper (u otra), en que la teoría como tal es refutada. Osiander no se abocó a encontrar un caso para el cual la astronomía de Copérnico fuese falsa; Kepler no se centró en encontrar el caso refutador a su teoría, al menos en este caso. La teoría fue alterada para producir otros efectos. En vez de un teoría falseada, que hay que olvidar, tenemos una no auténtica. Esto, desde luego, no equivale a afirmar que en otros casos distintos, diversas metodologías, como la de Popper, no se cumplan. Sólo se afirma que los conceptos de Falsación y falsificación no coinciden; esta última es una actitud tomada por alguien en un determinado momento. Esto es lo que la hace un fenómeno histórico.

Que lo falsificado no es lo falso, y toma una fisonomía propia como explicación de varios capítulos de la ciencia, se ve en esto: que una teoría, como las ejemplificadas, no se hace falsa por el hecho de haber sido adulterada sino que se afianza justamente por eso. Como en el caso de la imagen de Portales, la falsificación crea un cuerpo nuevo de ideas que rigen y llegan a convertirse en las verdaderas. Las consecuencias del acto falsificador pueden ser, parece, múltiples.

El impulso por la verdad pura sigue pareciendo un hermoso programa, pero que, si las condiciones lo requieren, debe combinarse con la capacidad de engañar para sacar la empresa adelante. Lo que Maquiavelo pensaba para la vida pública parece sobrepasar ese ámbito y abarcar mucho de lo humano.